

DOMINGO MELFI

LUIS ORREGO LUCO, NOVELISTA

“ENTRE LAS VARIAS causas de que el drama y la novela no hayan prosperado en Chile, como debieran —escribía en 1888 Miguel Luis Amunátegui en su libro, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*—, debe contarse la excesiva gazmoñería del país en materia de amor, esto es, del sentimiento que ordinariamente informa esta especie de producciones.

“Nadie puede negar los arrebatos, las delicias y los martirios de esa pasión indomable, pero casi todos quieren echar un velo, si no una mortaja, sobre ella, a fin de que no figure en ninguna obra. Nuestra sociedad no tolera la descripción de la belleza física y de la impresión que ella ocasiona, olvidando que la naturaleza es un libro siempre abierto a la vista de todos.

“Dominada por esa pudicia monjil, considera toda página relativa a esa materia vedada, como una lección imperdonable de molicie y corrupción. Siguiendo tales principios, todas las epopeyas clásicas deberían ser colocadas en el índice de los libros prohibidos, hasta que fuesen expurgadas de esa ponzoña brindada en copa de oro.

“Yo mismo me he educado en una época en que no se traducía en el Instituto Nacional el libro iv de la *Eneida*, ese libro que arrancaba lágrimas a San Agustín, que don Andrés Bello no se cansaba de releer en su vejez, que don Juan Bautista Mauri ha convertido en un poema magnífico con sólo agregarle una introducción”.

Continúa Amunátegui analizando la pudibundez de los chilenos a propósito de la lectura de ciertos libros clásicos, reproduciendo fragmentos enteros del canto xiv de la *Iliada*, que él consideraba poco menos que imposibles de ser traducidos para los chilenos, citando piezas dramáticas a las cuales se les suprimían en los teatros de Santiago escenas completas, demasiado libres para el gusto melindroso de la época, a fin de no turbar la limpidez lacustre de las almas en flor

de aquellos espectadores, y después de citar muchas otras pruebas de lo que habría ocurrido si tales piezas literarias fueran conocidas, termina el capítulo de la siguiente manera:

"Yo no pretendo que la literatura sea obscena; no llega a tanto mi impudencia.

"Lo que digo y repito es que existe en el país un pudor tan asustadizo, no sólo en las mujeres, sino también en los hombres maduros y aún en los viejos, que rechazan toda página de amor; un recato tan melindroso que ha llegado a proscribir el libro iv de la *Eneida*.

"Siendo así las cosas, ¿cómo se quiere que el drama germine y florezca en un suelo de cascajo y piedra?"

Con ligeras variantes, esto que Amunátegui anotaba como un fenómeno de timidez de la sociedad chilena en lo referente a libros de amor, podría extenderse a libros de otra índole. El fenómeno —lo iremos separando a medida de la presentación de los aspectos— ha variado muy poco con el transcurso de los años. Los sucesos más intensos de la vida chilena no han sido penetrados por la potencialidad creadora. Un hecho solo bastaría para demostrarlo. La revolución del 91 carece de novelistas. Si exceptuamos las novelas *La tempestad*, de Luis Orrego Luco y *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, de René Brickles, nada hay que pueda mencionarse como significativo en el estudio novelesco de aquella tragedia. Y no es que esa tragedia política no esté llena de episodios de carácter pasional, vigorosos y de alta tensión dramática, o que no exista una documentación magnífica —la hay de primer orden, con más, los testimonios directos de los sobrevivientes—; no; todo ello se encuentra en abundancia y listo para tentar la pluma y la imaginación de los escritores.

Hay en el público chileno, en el escaso público lector, una tendencia irresistible a buscar libros de reconstrucción histórica, libros que evoquen las figuras y los sucesos más bullentes del pasado. Así como ignora la historia documental, escrita con solemnidad y pesadez —sólo los eruditos la conocen—, asimismo prefiere los libros en que la fantasía o la imaginación deje sus huellas en las páginas, entretenidas o alegres. El éxito de *Durante la reconquista*, de Blest Gana, de las novelas folletinescas de Liborio Brieba, de los episodios tejidos en torno a Manuel Rodríguez, testimonian este gusto innato por los libros en que las virtudes de la raza se muestran en su gracia, en su socarronería, en su coraje, en su valor, en su astucia y heroísmo. Todo lo que anime la leyenda y la robustezca, lo que sirva para enaltecer el valor frío y sarcástico de la raza, encuentra resonancia inmediata en el corazón de los lectores. De igual modo le agrada el libro varonil, el li-

bro de combate, de crítica, de presentación de las calamidades e injusticias sociales.

La observación de Amunátegui es profunda, si bien él la refirió únicamente, en su contenido más visible, a los libros y dramas de amor. Pero es que aún suponiendo que la hubiera referido sólo a este tema persistente, alrededor del cual se condensa, no obstante, toda la tragedia del ser humano, siempre existe un episodio de amor que constituye el nudo, el fundamento de otros dramas económicos o morales.

Los libros chilenos en los que con más violencia ha penetrado el análisis del autor, en sectores sociales o políticos, para poner de relieve la condición humana o la deleznable condición política, obtuvieron un éxito estruendoso, pero recibieron sus autores la condena en vida y cuando no la persecución. En el carácter chileno hay una curiosa mezcla de ímpetu y de inercia. Suele protestar de la pasividad del medio ambiente, intenta lanzarse en locas aventuras, pero cuando se decide a emprender el salto, vacila y se contiene en la inmovilidad. Una naturaleza armoniosa ha modelado el carácter a su imagen y semejanza. El cerro le ha dado adustez y recogimiento, los ríos, cierta turbulencia temeraria, y el árbol, de mediana talla, una especie de modoso vaivén en las pasiones. Si Amunátegui encontraba monjil la sociedad de su tiempo, es porque él conoció la sociedad más cercana al período colonial. Si bien la emancipación había pasado como una tromba desgajando el árbol centenario, sus raíces no habían sido todas destruidas. Chupaban aún la savia de los siglos muertos de la colonia. Cuando Portales hablaba del "peso de la noche" para significar la pesadumbre inerte de la vida social, lo hacía como un psicólogo de primera mano. Más tarde, otros espíritus más intelectualizados que el del Ministro omnipotente, encontrarían en otras razones la causa de esta extraña contextura moral del chileno.

El chileno está dotado de un espíritu más bien reflexivo que brillante —escribía Pérez Rosales—, salvo algunas excepciones; le gusta pensar antes de responder y se deja raras veces sorprender o arrastrar por las ideas deslumbradoras, cuyo alcance o conveniencia no puede apreciar.

Y muchos años más tarde, casi medio siglo, quizá más, un humorista de los más hondos, Díaz Garcés, al hacer el retrato de un personaje de su novela *La voz del torrente*, escribía:

Jorge era chileno, en eso, en temer con miedo, con terror, al grande, al único amor, al amor profundo, espiritual y leal de las almas.

La novela *Casa Grande*, de Luis Orrego Luco, publicada en 1908 —se aparta este libro de la producción frecuente de los escritores y es el primer documento serio para el estudio de nuestra sociedad—, provocó la más sorda tempestad que libro alguno haya provocado en Chile. Había sido escrito con valentía, y sin que el autor hiciera en ningún momento concesiones al medio social a que pertenece. Orrego Luco descende de una familia patricia y su entronque con las viejas castas aristocráticas es claro y límpido. No decimos esto para agregar un título más a su personalidad, sino para demostrar, únicamente, el espesor del acto valeroso que significó la publicación de esa novela. Orrego Luco se había formado en la generación de los escritores del Club del Progreso y era un joven, casi un niño, cuando le tocó intervenir en la revolución del 91, en una de cuyas acciones de guerra fue herido en una pierna. La revolución del 91 se había precipitado como una consecuencia de la riqueza derivada de la guerra del 79, con el auge del salitre, y todos aquellos componentes sintieron de cerca la influencia profunda del fenómeno económico que debía trastornar, en su médula, la fisonomía de la sociedad chilena. Existía todavía otro factor en la composición de la mentalidad de aquellos escritores —entre los que conviene mencionar algunos como Bruno Larraín, Manuel Rodríguez Mendoza, Juan N. Espejo, Alfredo Irrázaval— que se encontraron sumergidos en las luchas doctrinarias de los últimos años de la administración Santa María, contra la influencia de los partidos ultramontanos. Santiago vivió días de agitación y de estruendo en las calles con motivo de la discusión de las leyes de cementerio laico y matrimonio civil, que fueron las concesiones doctrinarias que el autoritario Santa María hizo a los partidos liberales que le acompañaron.

Casa Grande recogió muchos de los clamores y angustias que sobrenadaban en el proceso de la descomposición social. Fue por estas razones rudamente combatida. Presentar los vicios y debilidades de una sociedad que, en la superficie, aparecía bañada en el suave brillo del esplendor; mostrar el vermes que roía, lentamente, las entrañas; las flaquezas y las caídas de muchos de sus miembros, constituía un delito que no podía quedar sin sanción inmediata. El autor fue condenado al aislamiento, se llegó hasta negarle el saludo en la calle, y la prensa afecta a los intereses que se creían amagados por el novelista, cayó sin piedad sobre él. Quien repase hoy aquellas páginas, como asimismo los artículos que se escribieron en contra o en favor del libro, encontrará palpitante el conflicto que entonces pareció tan audaz y tan insólito. Comenzaba, como hemos dicho, la crisis moral profunda de la sociedad chilena, derivada del auge de la riqueza salitral, de la

arremetida de las ideas democráticas, de las nuevas costumbres que ya habían penetrado sin ser tamizadas en la sociedad, con los modelos de Europa, y el novelista no había hecho otra cosa que captar ese instante con una precisión dolorosa y agónica.

Me llovían los ataques, en pos de las alabanzas —escribió por aquellos días, en julio de 1909, el propio autor, en defensa de su novela y de sí mismo—, me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anunciaban escenas tempestuosas... Cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía cerca de mí la angustia del que se ve desconocido, no faltaron personas respetables que me detuvieron en la calle, con palabras de aliento, a darme un apretón de manos.

Ayudaban a la acción perturbadora —escribe más adelante el autor en su interesante documento— la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas frases y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente. Al reproducirlos, como elementos artísticos de verdad, quedé lejos de lo que hacen los grandes escritores, no sólo en la factura misma, sino en la completa reproducción de los modelos. Daudet, en *Nouma Roumestan*, pintó a Gambetta; en el Duque de Mora, al Duque de Morny; en Felicia Ruiz a Sara Bernhardt; en Monpeyon, al marqués de Massa. Benjamín Disraeli ha pintado en sus novelas a Peel, a Lord Grey, a Palmerston, a Lady Androvale y a casi toda la sociedad inglesa de su tiempo. Thackeray hizo lo mismo en sus novelas. Acaba de hacerlo María Corelli en otra novela ruidosa, como el Padre Coloma en *Pequeñeces*... Lo mismo hizo Guy de Maupassant y también Paul Bourget. En el baile dado en Cannes, por la princesa de *Un idilio trágico*, aparecen, entre otros personajes claramente pintados, el coronel Marchand, explorador africano, y el propio Guy de Maupassant.

Bastaron algunos perfiles verdaderos y algunas escenas reales para dar a *Casa Grande* tal vibración de vida, que muchos creyeron ver cosas que yo no había pintado y la maledicencia completó la obra de perturbación horrible y para mí desesperante. Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social; cuando todos se creían aludidos, dando nombre a personas a quienes no conozco de vista y hasta cuya existencia ignoraba, pues era de moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocían en absoluto mis propósitos y mis ideas, cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa...

Orrego Luco citaba en su abono, como defensa de su realismo descriptivo, una serie de autores y libros europeos, en los cuales podía encontrarse idéntica noción estricta de novelador. Los personajes que más habían sobrecogido su pupila y su sensibilidad de novelista quedaron allí captados para ser puestos vivos en las páginas de su novela. No existía en Chile otro precedente y quizá en América y, por lo tanto, el novelista hubo de recordar libros europeos para encontrar la confirmación de su tesis. La sociedad chilena ha tolerado pocas ve-

ces esta incursión en sus dominios privados. Pero es preciso convenir en que si el autor necesita personajes, debe buscarlos en el medio que le es más conocido, más familiar. Si los pinta con recargo de subrayado, se le acusa de querer poner en ridículo a una porción de la sociedad, y si no pinta los seres de acuerdo con una noción más o menos auténtica de la realidad, se le moteja de hacer burla a esta realidad y de no saber componer un solo tipo con mediano talento.

Por los mismos años en que ocurría a Orrego Luco el percance que se conoce, otro novelista que vivía en una provincia, Francisco Hederera, dio a la estampa una novela, *El tapete verde*, que causó en la ciudad en que se había publicado y en el medio social que el novelista pintaba, escenas más o menos parecidas. Reducida la novela a proporciones menores, por lo limitado del área social, provocó, sin embargo, el mismo fenómeno de rechazo y violencia contra el autor. Se formaron bandos como en la capital en favor y en contra del novelista. Unos criticaron acerbamente la pintura que allí se hacía de la sociedad talquina y otros defendieron la valentía del escritor para describir, con desnuda claridad, los vicios y debilidades de una parte de aquella sociedad. Se llegó hasta hacer un homenaje público, en un banquete, a un crítico improvisado, representante del sector social ofendido, que había analizado en una serie de artículos en la prensa, la para él falsa y nociva tesis de *El tapete verde*.

* * *

Existen autores para los cuales la realidad es un mero espectáculo estético y otros para los que la realidad es una fuente inagotable, de la que pueden extraer hondos y trágicos problemas. Hay mentalidades que no vibran con las injusticias y otras que sienten en lo profundo los desgarramientos que ellas provocan en la sensibilidad de los hombres.

La literatura chilena —la literatura novelesca— ha carecido de tumulto humano. Es probable que la observación de Amunátegui haya tenido como aproximación este fundamento. Y es curioso que la haya formulado en aquellos años todavía patriarcales de la sociedad chilena. La timidez debió chocar demasiado a su temperamento, tímido por lo demás, según han dicho sus biógrafos. Los conflictos de aquel tiempo eran casi todos de carácter político o doctrinario, y las costumbres aún no habían sido rudamente sacudidas por la infiltración de las corrientes europeas. Si el libro europeo tenía abiertas las aduanas para entrar en la vida privada de los santiaguinos, no lograba

aún modificar el cauce de la vida tradicional. La riqueza estaba poco difundida y la educación de las mujeres era severa y conventual. La mujer tenía sobre la sociedad el rango de una reina indiscutida. Era la madre que no se atrevía nadie a tocar y era asimismo la hermana que debía ser mantenida como una virgen en un fanal. Un divorcio, una aventura o el desliz de una dama, hubieran causado un trastorno con caracteres de catástrofe, y la sociedad entera se habría apresurado a ocultar tales tragedias. Existieron, sin duda, en el seno de la sociedad, pero fueron prontamente acalladas. La publicidad era menos audaz y menos procaz y los hombres temían a aquella diosa que ordenaba y regía la vida desde el centro de los hogares. Se mostraba en las ceremonias y fiestas públicas adornada con todos los atributos de la riqueza o de la modestia según el temperamento, pero en ella palpitaba siempre un halo como de madona. Terminadas las fiestas o los bailes en los cuales brillaba, tanto por su belleza como por su estirpe, se recluía de nuevo en su hogar, al cual sólo la amistad tenía acceso franco.

Esta existencia ceremoniosa y severa, este alto prestigio hermético de la mujer, esta como actitud inexpresada de sacrificio voluntario, originaron en la vida amorosa el enclaustramiento de las pasiones. Pudiera decirse que la congoja sexual que no se exterioriza, que acalla sus vehemencias y las adormece, para hacerlas invisibles al ojo que observa, constituye, en cierto modo, la forma de la opresión espiritual y cuyo proceso muchos toman por timidez y en ocasiones por helada indiferencia. Los conflictos, si los hubo, quedaron atenuados en el fondo de las casas; las ansias y nostalgias de amor dieron ocasión para que los temperamentos sensibles que las padecían callaran obstinadamente y sólo repitieran sobre sí mismas la canción romántica inextinguible del amor contrariado. Una sociedad propensa al hermetismo sexual no podía producir heroínas sino por excepción, y la literatura novelesca de Chile carece de psicólogos del amor. Casi todas las mujeres que jalonan su proceso novelesco son representativas de un tipo único que no se extralimita ni salta, sino por excepción, la valla que la sociedad fija como frontera a sus expansiones. Esos tipos de mujeres, rotundos y llenos de carácter, vibrantes de pasión y de colorido espiritual, ágiles y vivos en la pasión, no se dan sino en raras oportunidades y sólo por aproximación en nuestra literatura.

Se ven todavía en las pinturas y en los retratos de 1880, en las escenas familiares, esas matronas vestidas con sencillez, rodeadas de sus hijos como de una parvada de polluelos, modestamente altivas, firmes, como si tuvieran la conciencia de ser ellas el puntal verdadero de la

familia y no el varón, que suele estar a un lado, medio cohibido por la sombra protectora de la mujer. Esta mujer es la misma que se verá durante el verano, en las faenas complicadas de la hacienda, manejando a los peones y a las sirvientas, y más tarde, en el invierno, presidiendo en el salón de la casa, en la capital, bajo la égida de los gloriosos antepasados que se yerguen en los retratos pintados al óleo, las reuniones de parientes y amigos. También se la verá más tarde en los palcos de la ópera, suntuosa, con sus pendientes y broches de brillantes, con sus abanicos de plumas, observando, a través de los gemelos, el aire de las otras, la compostura de las otras, la elegancia de las otras... Las hijas están allí, respetuosas, sin moverse del lado de la madre. Desde los ángulos de la sala o desde los pasillos, los galanes observan con sus anteojos, sin atreverse a mucho... a las hijas jóvenes, con las cuales mañana retoñará el vínculo familiar, en una unión nueva y se proyectará esa familia en las hijas de aquellas madres... hasta que sobrevengan los síntomas penosos de la crisis, los latidos profundos e invisibles de la nueva vida que avanza lenta y trágica, junto con la ostentación y el vértigo del lujo y del placer, entre las grandes fortunas del salitre y las grandes especulaciones afortunadas de los nuevos ricos... La hora en que Orrego Luco saldrá con su pluma a esperar y a aprisionar aquellas dolorosas escenas de flaquezas y debilidades, odios y pasiones, vértigos y caídas con las cuales amasará la palpitante levadura de su libro.

* * *

Es importante hacer notar que el problema fundamental de la mayor parte de los novelistas chilenos posteriores a 1900, ha consistido en el estudio de un tipo de clase media que asciende hasta la aristocracia por medio del amor o del dinero. La iniciación de este tema se debe a Blest Gana con su novela *Martín Rivas*. Tras él, con intervalos de años, surgen muchos otros escritores que abordan idéntico problema, olvidando que las circunstancias que dieron vida al héroe blestganiano son diversas a las en que ellos colocaron a sus personajes. La sociedad de tiempos de *Martín Rivas*, mediados del siglo XIX, era muy otra de la sociedad de 1900 o posterior a esta fecha, sacudida ya por los signos espasmódicos de la crisis económica. Se habían transformado las costumbres y habían ocurrido fenómenos sociales que no conocieron los hombres de 1850. La clase media apenas existía en aquellos años, y sólo grupos de grandes familias de terratenientes o una aristocracia de agricultores, daban el tono a la sociedad y al gobierno. Cuando el hijo de un mayordomo, de admi-

nistrador de minas, demostraba poseer aptitudes e inteligencia, carácter y tenacidad para el estudio, el hombre patriarcal que era el antiguo señor lo ayudaba en la formación de su educación. Pagaba de este modo viejas deudas de lealtad y de sacrificio en el hijo del padre que se había esmerado en servir a sus amos. Pero este tipo de hombre no formaba, como medio siglo más tarde, en las huestes de una clase entera que había aumentado y surgido a la vida de la sociabilidad, después de la guerra del 79, con el crecimiento de las ideas democráticas y la formación de los partidos políticos de estirpe popular. Por lo tanto, los novelistas que abordaron el asunto, conforme a la idea blestganiana, no hicieron sino tergiversar los términos del problema.

¿No había acaso otros problemas en la vida chilena? ¿No había otras inquietudes, otras contradicciones que las que sólo podían derivar del conflicto entre un hombre de origen modesto y una mujer de ilustre apellido? La ciudad en crecimiento, la propia clase media, el pueblo, ¿no tenían acaso sus problemas propios, sus penurias y sus miserias, sus heroísmos callados, sus derrotas, sus características esenciales? ¿Las mujeres de la clase media, nada valían para esos héroes con repuntes de arribistas, que sólo parecían tener ojos y pensamientos para las niñas aristocráticas de la capital? Este romanticismo pernicioso era, en resumen, una demostración más de la inestabilidad de esta clase media chilena, que nunca ha tenido conciencia de clase y en ningún momento ha sabido mantener la unidad y la coordinación entre sus miembros. Mientras la novela hacía la apología del héroe modesto y lo llevaba por sucesivas gradaciones hasta el triunfo, la vida real aparecía en absoluto diversa al modelo previsto por los autores. Fueron mucho más hondas las contiendas en la vida diaria que en el dominio de la novela. Contratiempos, humillaciones y desdenes, jalonaron de burlas el camino del hombre que había puesto sus ojos en una niña de superior clase social. La aristocracia, mientras fue dueña exclusiva del poder y de la tierra, que viene a ser lo mismo, defendió a sus mujeres el derecho de no mezclarse con hombres que no fueran de su clase. Si algunos elementos de clase media, en las provincias especialmente, penetraron por el matrimonio en la aristocracia lugareña, ellos constituyeron excepciones. La regla era otra. Y esta regla demuestra que el romanticismo nunca ha sido entre nosotros artículo de uso común.

La fantasía novelesca adobó con escenas de un marcado acento cursi estos idilios entre una mujer aristocrática y el oscuro descendiente de los mayordomos de las haciendas o de los artesanos enriquecidos de las ciudades.

Tan profundas han sido siempre las diferencias de clima, de temperatura, de costumbres entre una clase social y otra, que son infinitos los casos reales en los cuales la repulsión fue la nota dominante en el desenlace amoroso. El "siútico" de la clase media se ganó siempre todas las burlas y fue zaherido, aún en los hombres superiores que alcanzaron grandes situaciones políticas o económicas. Siempre que se podía o venía a cuento, se le recordaba la marca del origen modesto, el antepasado sin abolengos, como si esto fuera un infamante delito. Sólo más tarde, pasados algunos lustros de la iniciación del siglo actual, cuando se produjeron los síntomas trágicos de la crisis social y económica que irritó la nueva conciencia de la postguerra, con la quiebra consiguiente de muchas fortunas, vino a tener sentido distinto esta arremetida de una clase social tenida por inferior en otra más alta.

* * *

La importancia honda de la novela *Casa Grande* descansa no sólo en esta innovación del tema, sino en la realización psicológica de su contenido, en el estudio magnífico de las costumbres y especialmente en la actitud de echar la sonda que el novelista adopta con relación a la descomposición aristocrática en Chile. En nuestro país, como en otros de América, la aristocracia mantuvo el vigor de su potencialidad económica y, por lo tanto, la pureza de la familia, mientras conservó el predominio sobre el resto de la sociedad. Mientras fue poder y mientras pudo determinar con su riqueza la orientación política, nada escapó a su influencia. Fue orientadora en el sentido social, puesto que tuvo en su mano los resortes esenciales de la vida general. Cuando el torrente de riqueza derivado de las explotaciones salitreras afortunadas, de fines del siglo y de comienzos del actual, penetró en la sociedad santiaguina, inmediatamente se vio surgir a los nuevos ricos, a los aventureros de la política, a los especuladores de la Bolsa, a una banda, en fin, de parásitos y de oportunistas sin escrúpulos, para los cuales sólo el dinero tenía valor decisivo. El factor de las luchas democráticas comenzaba también a perfilarse en la vida pública. Surgían tímidos y como entorpecidos por la audacia, los nuevos elementos que iban a participar en las luchas electorales y a entrar a un parlamento en el que había dominado siempre la aristocracia y para lo cual ahora sólo se exigía dinero y riesgo.

Existen otros elementos que colaboran en esa gran crisis que sobreviene después de la revolución del 91 y que de un modo tan nítido y tan certero se oye palpar en las páginas de la novela de Orrego

Luco. Aparecieron nuevas formas de vida, se erigió en sistema la ostentación y el placer; las grandes fortunas debían alimentar la insaciable codicia de hombres y mujeres que no pensaban en otra cosa que en gozar de todo cuanto la existencia les ofrecía de inesperado y de sorpresivo. Las temerarias jugadas de la Bolsa arruinaban a viejas familias que por espacio de muchos años habían hecho sentir su influencia en la vida política y social del país. Surgían otras en el escenario, ansiosas de eclipsar a las que un golpe de la adversidad había arrojado a la quiebra. En la política, los partidos conservadores vieron perdida su línea de prestigio. Pero la democracia, apenas organizada o enteramente dispersa, no podía recoger aquella herencia de mando de los partidos pelucones, y el advenimiento de familias plutocráticas y de políticos de escasa responsabilidad moral, sin tradición alguna, sin haber servido jamás al país, produjo un desconcierto profundo en la sociabilidad. Sobre ella comenzó a florecer la orla, apenas visible aún, del cinismo político y moral, por medio del que no sólo se negocia con lo más noble de la personalidad humana, la dignidad, sino se destroza impunemente toda virtud, y la mujer, falta del respeto que la sociedad le debe, rueda insensiblemente por la pendiente del vicio.

La sociedad entera —escribe Orrego Luco— se sentía arrastrada por el vértigo del dinero, por la ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente. Las preocupaciones sentimentales, el amor, el ensueño, el deseo, desaparecían barridos por el viento positivo y frío de la voracidad y del sensualismo.

En los años en que Orrego Luco desenvuelve el drama familiar que forma el nudo de su novela, se iniciaba en Chile la fiebre de negocios de 1905, uno de los más extraños fenómenos morales para los historiadores futuros y cuya repercusión alteró por largos años la estabilidad económica del país.

Se encontraban ya prontos los fondos para la conversión metálica —sintetizamos las observaciones del autor acerca de este tópico de la vida chilena— y los Bancos tenían repletas sus cajas con este objeto; pero todos temían esa operación financiera, a pesar de que el cambio internacional se encontraba muy cerca de la par. Hubo un Ministro de Hacienda que diciéndose partidario del oro, postergó la conversión y arrojó cuarenta millones más de papel al mercado. Los hombres de negocios comprendieron que el descenso del cambio venía, teniendo que subir considerablemente la cotización bursátil de los valores y acciones con base de oro. Los Bancos, en cuyas cajas se desbordaba inútil su propio dinero y el depósito del Fisco, abrieron la mano a todo el mundo, se echaron a la calle a ofrecerlo... Vino

entonces el alza afiebrada, repentina, enorme; las acciones subían diez puntos en una rueda. Todos compraban y vendían acciones exigibles, sin tenerlas a mano y sin garantías de ninguna especie. La Bolsa se había transformado en una gigantesca mesa, en la cual todos jugaban, por el momento, al alza y como las acciones subían y subían sin término, se fundaron sociedades nuevas a millares, cotizándose con premio sus acciones antes de lanzadas. Se vendían acciones de sociedades por formarse y de sociedades que nunca llegaron a constituirse.

Continuando en su síntesis, el novelista, para fijar el cuadro dentro del cual se movía la sociedad de aquellos días, cuadro de irreflexiva inconsciencia, añade:

Todos querían ser ricos de golpe, sin trabajo, sin sacrificio de ningún género. Ahí estaban las tres o cuatro fortunas de salitreros y mineros improvisados, exhibiéndose insolentemente, haciendo sonar las trompetas de sus automóviles, derramando el champaña a torrentes, tirando el dinero a manos llenas, por la ventana. La sociedad de mejor tono se inclinaba ante esos aventureros averiados, que no habían dejado fechoría por hacer en Antofagasta, falsificando títulos, raspando registros notariales, inventando nombres, resucitando muertos, improvisando familias a los difuntos. Se les invitaba a su mesa con orgullo, se les franqueaban los salones orgullosamente cerrados, hacía poco, a la entrada de elementos de tan poca solvencia moral. El dinero, la fortuna rápidamente ganada se había convertido en la varilla mágica para la sociedad, que tan pronto olvidaba sus deberes y tradiciones.

Muchos títulos eran legítimos, algunos negocios honorables, no faltaban los de buena fe, pero la sociedad los confundía, concediendo igual aceptación y prestigio a los serios como a los malos, pues los aventureros tenían buen cuidado de poner en los directorios de sus empresas a las personalidades más honradas y conocidas, por aquello de que el pabellón cubre la mercadería. Y los hombres de buena fe hacían con ánimo ligero el negocio de los pillos en el marco del oro y de la fortuna, seducidos al final de un banquete o por el entusiasmo de un hijo a quien se hacía gerente o a quien se entregaban acciones liberadas.

En la fiebre de los negocios, todos se lanzaban a la calle de la Bandera —la calle célebre de aquel tiempo en los negocios, pues allí estaba instalada la Bolsa—, repleta de gente, de rostros ávidos y congestionados, de individuos que manoteaban y gritaban, salidos muchos de no se sabía dónde. “Le apunto doscientas acciones de la Colorada —gritaban unos—, salitre, ganaderas, ¿qué cosa?...” “No pregunte. Apúntelas” —contestaban. Dos horas después, las acciones, aún no firmada la escritura, tenían ya diez puntos de premio.

Y así seguía la fiebre de la especulación y de la aventura, sacudiendo a la población entera, como sobrecogida de un vértigo. Hasta las mujeres se habían entregado a la especulación, desenfrenadamente. Repetíanse anécdotas, de boca en boca, de millonarios improvisados. “Zutano está inmensamente rico con una negociación sobre azúcar de Viña del Mar: compró

a 25 y están a 130..." "Mengano se va a Europa, pues ya no sabe qué hacer con la plata..." Se hablaba de un abogado que acababa de invertir trescientos mil pesos en un chalet de campo; otro personaje había regalado setenta mil pesos a una bailarina de ópera. Las señoras se echaban al cuerpo todo cuanto "pillaban" en tiendas: vestidos, encajes, sedas, collares de perlas. A una niñita de ocho años le habían comprado un collar de doce mil pesos. Se abrían cuentas en todos los almacenes y tiendas lujosas de la capital, gastando todos sin tasa ni medida. Todos se sentían arrastrados por el vértigo del dinero. Se hablaba de la famosa fábrica de adoquines de aire comprimido con un capital de dos millones de libras esterlinas suscritas y una primera cuota de diez chelines por acción pagada. Las sociedades más absurdas y descabelladas se llenaban prontamente de accionistas.

Todo sentimiento espiritual cayó vencido y triturado entre los dientes de esta obsesión frenética de poseer dinero a toda costa y a cualquier precio. Las tradiciones más respetables dieron paso a los arribismos insolentes.

Se llegó a abrir calle para que penetrase al Club de la Unión —en aquellos años herméticamente cerrado al que no tuviera abo- lengos fina y auténticamente reconocidos—, como si fuera un soberano, al famoso "Pacheco", individuo de reputación dudosa, al que nadie hubiera dado la mano seis meses antes, y súbitamente enriquecido ahora con la compra de títulos salitreros a vil precio, hecha de primera mano a familias que se hallaban en la miseria, dándoles quinientos pesos por lo que había revendido en diez mil libras.

Los resortes morales se vencieron, aflojando su firmeza aquella estructura sobria que había sido uno de los fundamentos más sólidos de la sociedad santiaguina. Las consecuencias sociales de esa crisis fueron incalculables, produciéndose la ruina de muchas de las más antiguas familias que, como hemos dicho anteriormente, hicieron sentir durante muchos años su influencia incontrastable en la vida política del país. Otros elementos plutocráticos entraron a influir en las decisiones de la sociedad. Un desenfreno sensual, un apetito insaciable de goces y el asomo pavoroso del cinismo político, fueron las resultantes de aquella conmoción económica suscitada por los especuladores y por la afluencia torrencial del oro que venía de las opulentas negociaciones salitreras. Grandes fortunas pasaron a manos de los nuevos potentados de la riqueza adquirida en desenfrenadas especulaciones y juegos de Bolsa. Los herederos de las antiguas familias aristocráticas que habían formado la república, se entregaron al ocio y a la disipación. Incapaces de sostener el vigor de los antepasados, debilitados por la pobreza, por la angustiada contradicción de tener que mantener un rango sin apoyo en una riqueza efectiva, cercados por los compromisos que cada vez se volvían más imperiosos, ro-

daron en la inercia y en el abandono y fueron vencidos por los nuevos ricos, por los nuevos brotes de esas familias desconocidas que entraban a alternar o a convivir con los rancieros grupos aristocráticos. Por lo menos la política y la acción del parlamento, nivelaba los intereses y las ambiciones de todos.

Orrego Luco hizo la pintura descarnada, sutilmente cruel, sin propósito deliberado de crueldad, de aquella sociedad, en la vida de un heredero de ilustre prosapia colonial —Ángel Heredia— que sucumbe empujado por la avalancha de la especulación y la carencia de escrúpulos, y es incapaz de sostener el lustre de su casa. A su vez la mujer —Gabriela Sandoval—, heredera de un gran nombre, nacida en un hogar de firmes raíces de honestidad, cae igualmente en el vértigo ostentoso y falso que envuelve como en una ráfaga ardiente a la sociedad toda y precipita su vida en los abismos de la culpabilidad. En torno a esta pareja central, en la que el novelista ha querido simbolizar las virtudes y defectos heredados y adquiridos de la sociedad de su tiempo, se mueven innumerables personajes típicos del medio santiaguino, hombres y mujeres, cogidos unos por la ambición del lujo, por el cinismo otros, azuzados por deseos frenéticos de figuración y de orgullo, de angustia sexual y de implacable desdén por las excelencias superiores del espíritu. Cuadros pintados con abundancia de detalles de la vida santiaguina, escenas y costumbres hoy desaparecidas, subrayan la acción de estos elementos humanos y comunican a la novela un acento de realidad y de apasionante interés.

La furia con que la sociedad por intermedio de algunos hombres de pluma —hubo, como siempre, algunos de la clase media que tomaron la defensa de la aristocracia herida en su orgullo—, respondió a la publicación de esta novela, revela que no fueron sólo los católicos los que protestaron por la tesis del divorcio que se presumía había sido o era la base de la preocupación del autor, sino otros sectores, a causa de la revelación al desnudo de una crisis moral que se iniciaba, desconcertante y dura y que sólo el futuro iba a verificar plenamente, en las alternativas y dolores que más tarde se desencadenaron sobre el país.

Las proyecciones de esta novela, publicada en 1908, fueron muy hondas. No hay pusilanimidad en ella, ni temor al medio, puesto que el autor lo afrontó con decisión, y tampoco la cobardía habitual, para considerar los sucesos sociales y políticos en su más doloroso alcance. Se había producido por aquellos años un suceso trágico en nuestra sociedad. Pues bien, se creyó ver en *Casa Grande* una pintura de aquel suceso. Todo ello era falso.

El personaje central de la novela, Angel Heredia, trabajado por sutiles taras degenerativas, sucesor de un gran nombre, fue, sin duda, compuesto por el novelista tomando el modelo de muchos otros, superponiendo fragmentos de uno en otro. Terminaba, después de desencadenar catástrofes en su hogar —el asesinato de su propia mujer— y en su espíritu, huyendo de sí mismo y desapareciendo en la noche camino del suicidio. Este final conmovió a la sociedad, porque, misteriosamente, como si fuera un anuncio de males mayores, esa sociedad había comprendido, en la voluntad del novelista, que tal desenlace bien podía ser el de una agrupación humana que no supiera ser fiel a las tradiciones de la dignidad y del decoro y se dejara arrastrar por el torrente impetuoso hacia un final trágico. En Angel Heredia había la queja y la agonía de una sociedad que había comenzado a dar una importancia capital al dinero y a los placeres y para la cual sólo el goce que proporciona el oro, aunque sea logrado en las especulaciones más desenfrenadas y por los medios más censurables, podía ser la norma de vida. Un frío y áspero egoísmo individual movía esos muñecos creados por el novelista con reflejos exactos y profundos de la vida misma que les rodeaba.

Orrego Luco es un observador minucioso y detallista, con un estilo algo flojo, pero persuasivo y plástico. Pues bien, algunos reparos, que son exactos, se le hicieron multiplicándolos hasta lo increíble. Se le acusó de haber tomado a Bourget como modelo para sus engendros psicológicos. Bourget estaba entonces de moda y bien podía haber ocurrido que el autor sintiera en su naturaleza de escritor esta influencia. Nada tiene de grave. La estructura de los personajes y los cuadros de costumbres son enteramente chilenos.

Creo que antes de muchos años —afirmaba el crítico más difundido entonces en Chile, Omer Emeth, al terminar su juicio sobre *Casa Grande*—, este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900-1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es *Casa Grande*.

No se equivocó Omer Emeth. No se equivocó como los demás críticos, improvisados o no, que juzgaron la obra, poniendo unos su pasión de clase y su arribismo y los otros su cortedad de vista para abarcar la profunda palpitación humana de sus páginas. El sacudimiento que produjo la novela fue la mejor confirmación de la extraordinaria veracidad de su tema. Más tarde, otros escritores deberían continuar el ímpetu de Orrego Luco, llevando hacia otros campos el análisis de las arbitrariedades y defectos de la vida chilena. Uno o dos años más tarde, Alejandro Venegas daba a la publicidad su

formidable requisitoria, *Sinceridad*, grito perdido en el desierto de la indiferencia chilena y en el cual se hacía el examen crítico más certero y profundo de los vicios y rémoras de la realidad política, administrativa, educacional y social de Chile. Venegas fue, igualmente, perseguido y acorralado. Tuvo escasos defensores y, finalmente, cuando pudo lograr su jubilación como maestro —había sido profesor en distintos liceos de la República—, se confinó voluntariamente en un pueblecito cercano a Santiago, Maipú, y allí, en un pequeño almacén con el cual se ayudaba a vivir, murió pobre y olvidado.

Fue distinto el destino de *Casa Grande*. La novela alcanzó una difusión extraordinaria en todos los medios sociales, y *Sinceridad* sólo circuló entre el elemento que más directamente afectado se sentía con la aguda y penetrante observación del polemista: políticos, funcionarios de la administración, hombres públicos, maestros, etc. Pero en éste, como en la novela de Orrego Luco, podía palpase, como en un cuadro nítido, toda la carcoma que roía las entrañas de la sociabilidad chilena. El frío y triste materialismo de las sociedades que entregan toda su energía a la persecución obstinada de la riqueza, con olvido absoluto de toda vibración espiritual honda, para hacer de esta riqueza elemento de ostentación, de lujo y de placeres, se revelaba en esos dos libros con inquietante dramatismo.

* * *

La línea de Blest Gana, en la novela costumbrista, de la que se dice deriva Orrego Luco, fue alterada por este psicólogo, que aspiraba a encerrar en un ciclo de novelas la evolución de la sociedad chilena, en las más diversas modalidades de su transformación. Blest Gana fue el novelador de las costumbres semicoloniales de la sociedad; aprisionó los primeros latidos de una república libre, que aún se debatía entre las sombras del pasado. La alegría de su creación arranca de la simplicidad misma de la vida chilena, apenas sobresaltada por las luchas democráticas que se insinuaban, tímidas y contenidas, en los días en que el autor vivía en Chile. Una economía rudimentaria, una administración en formación y una sociedad sobria y penetrada de sus deberes impregnan el ritmo de las novelas blestgianas. Cuando Orrego Luco inicia con su novela *Un idilio nuevo* el estudio de las costumbres de la sociedad chilena, después de la revolución del 91, los síntomas profundos de la crisis moral están ya visibles. Se han producido terribles sucesos en la historia patria. Una guerra exterior, victoriosa, acumula sobre la mentalidad social los gérmenes de la ambición sin freno. El caudal de oro que se

vacía desde las salitreras hacia la capital, interrumpe el contenido austero de la vida. Aquella riqueza colosal, que podía y debió ser un signo de prosperidad general, no lo fue sino para determinados elementos. Ninguna gran empresa de cultura o de amor a la raza jalona el proceso de los gobiernos que se sirven de aquella riqueza. La creación de grandes fortunas nuevas, como ya se ha dicho, determinó quiebras y bancarrotas sociales en los cuadros antiguos de las viejas familias, menos aptas para la especulación y el desenfreno que las de más reciente formación. La entrada triunfante de los aventureros en la política, en el parlamento y en las diversas funciones de la administración modificó, igualmente aquella primitiva sobriedad. En la revolución del año 1891, contra Balmaceda, existen ya, en potencia, los fermentos de esa lucha entre elementos aristocráticos y plutocráticos que aspiran a manejar, por distintos sistemas políticos, el caudal de aquella formidable riqueza salitrera. Las ideas democráticas han hecho, entretanto, un impetuoso camino e intervienen a su vez en todos los aspectos de la vida, exasperando el orgullo altanero de la aristocracia. Se ha complicado el cuadro general de la sociedad chilena, y el novelista está obligado a trabajar sobre elementos que no conocieron los escritores de mediados del siglo.

Sin embargo, el propio Blest Gana, que había abandonado el país y vivía en Francia desde hacía años, sirviendo un cargo diplomático, se dio cuenta exacta de la terrible transformación sufrida por la sociedad de su país y trató de fijarla en el cuadro melancólico, surcado de pesimismo, de su novela *Los trasplantados*, en la que con pretexto de estudiar la existencia de los sudamericanos en París, que llevaban vida de derroche y disipación, analizó crudamente la lejana vida de Chile, a través de la psicología de un criollo derrochador, ostentoso y vacío totalmente de vida espiritual intensa.